

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL

Ilmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER DIEZ DE REVENGA



Sr. Director,
Srs. Académicos,
Sras. y Sres.:

Con gran honor, aunque con inquietud, asumo la enorme responsabilidad de representar a la Academia Alfonso X el Sabio y dar la bienvenida, en nombre de la Corporación, a su nuevo Académico Numerario el Ilustrísimo Señor Don Francisco Sánchez Bautista. Es un encargo que debo agradecer doblemente a aquellos que me designaron: por un lado porque me da la oportunidad, por primera vez desde mi ingreso en 1975, de renovar públicamente el testimonio de mi alta consideración, lealtad y afecto hacia la Academia, y en segundo lugar porque me permite recibir al excelente poeta murciano, amigo de la poesía y de Murcia, Francisco Sánchez Bautista, al que nuestra Corporación reconoce excepcionales méritos literarios y culturales a la hora de llamarlo a compartir nuestras tareas en favor de la cultura murciana, de la investigación de nuestro pasado y nuestro presente, en favor, en definitiva, de nuestra ciudad y nuestra región.

Francisco Sánchez Bautista llega a la Academia respaldado por una estimable y estimada obra poética, elaborada a través de los años y de los libros, pero sobre todo su presencia entre nosotros se justifica por su extraordinario amor a Murcia, a su huerta enriquecedora, ahora en situación más que patética, a sus campos sedientos, a la luz y al sol de nuestra geografía. Sánchez Bautista ama especialmente a la Huerta, en la que nació, como se quiere a un ser familiar, y sufre cuando esta madre benefactora y ubérrima está siendo envenenada por ambiciones imperdonables, por injustificables actitudes falsamente progresistas. La Huerta de Murcia,



concebida como hacían los poetas de nuestro renacimiento con la Naturaleza, a la manera de una «Arcadia perdida», ha sido el objeto de este encendido y nostálgico recuerdo, que si es valioso por lo que tiene de grito y de denuncia en contra de los que la destruyen, más lo es por lo que tiene de vivo y vivido, porque —todos lo sabéis— lo que Sánchez Bautista nos ha evocado es lo que él conoció a lo largo de su vida. Por eso, la autenticidad que tanto admiramos todos en el Sánchez Bautista del trato amistoso y cotidiano, es la cualidad literaria y moral que más destacaría yo en el discurso que acabamos de escuchar. Autenticidad verdadera, subjetividad y personalismo que responden, como sentimientos potentes, al impulso que ha producido y dado forma a su obra poética.

Comenzó nuestro poeta su carrera literaria en el ya lejano 1957 con el libro *Tierras de sol y angustia*, que vio publicado en Barcelona. Ya el título va a definir cuál es el sentido inicial, el rumbo primero de esta poesía, nunca olvidado ni abandonado con el tiempo. Para Azorín, este libro representaría la presencia de «un poeta compenetrado con la tierra —con la Naturaleza— y dueño de su vocabulario. Y seguirían otros títulos que, hasta su *Obra poética*, presentada en 1982, han marcado las etapas de una obra y un tiempo de Murcia. *Voz y latido*, que Valbuena Prat consideraba «con aciertos de sátira dignos de Juvenal o Quevedo», ya que «el autor es de una sinceridad sin eufemismos. Su dolor brota de la vida y su observación»; y después *Elegía del Sureste*, con el tema central y obsesionante de la guerra como impulso espiritual de la obra, visto desde el ángulo del dolor de los hombres y de las familias, en el que el odio es poéticamente convertido en la criatura rechazada por el alma abierta y sensible del poeta. Sánchez Bautista, en la sorprendente y temprana fecha de 1960, se convertía en el representante murciano de esa corriente poética española que, formada por hombres que habían conocido la guerra en la niñez y primera adolescencia, eran testigos del dolor de todos los españoles, formando esa generación en la que Alejandro Casona incluía a nuestro poeta: «Una generación poética, briosa, nada libresca, rotunda de sangre y frugal de palabra, digna en todo de aquella gran generación que la guerra tronchó o dispersó».

En 1962 *Cartas y testimonios* obtuvo el Premio de Poesía Marina y al año siguiente vio la luz el poemario, que nos devolvía al Sánchez Bautista cantor de la tierra de secano, de la soledad y de la pobreza de esas tierras calcinadas por el sol, extendidas alrededor del pueblo que el poeta habita: Fortuna. Sánchez Bautista evoluciona en este libro hacia una expresión todavía más sincera y consigue universalizar el tono personal y local de su lírica. Traspasa estos límites y representa en sus versos no sólo a su pueblo y a sus gentes, sino a todos los pueblos de una España sedienta



y a todas las gentes que viviendo de la tierra sólo recogen el fruto seco de la miseria y de la desesperanza. Antonio Tovar, refiriéndose a este libro, señalaba que «la poesía de Sánchez Bautista está traspasada por un amor obsesivo a su tierra y a España. Los poemas hunden sus raíces en este sentimiento; su expresión es rotunda, ágil y llana, sin énfasis», y es que es bien cierto que en su permanente búsqueda poética, Sánchez Bautista nos ofrece ahora la palabra más sincera y auténtica.

Sinceridad y autenticidad que no van a estar ausentes del libro siguiente, *A modo de glosa*, a pesar del virtuosismo formal perseguido en los veinticinco recios sonetos que componen el poemario, acompañados de otros cinco que funcionan como coda final. En un libro de belleza externa notable, diseñado por el pintor Ceferino para una colección, «El laurel del Sureste», por él dirigida, el poeta, de la mano de los líricos españoles de todos los tiempos, realiza veinticinco glosas que nos muestran una poesía en la que la dureza del grito poético vuelve a revelar la antes valorada sinceridad. El prestigio de unas fuentes de inspiración, que van desde Boscán a García Lorca y desde el Arcipreste de Hita, Calderón y Quevedo hasta Altoaguirre, Blas de Otero o Pablo Neruda, vale al poeta para expresar con dureza su dolor, su angustia y su exasperación en una poesía que mucho tiene de denuncia de las injusticias sociales. Don José Ballester, que prologaba este libro en 1963, veía en el poeta iracundo un trasfondo de natural bondad: «Pero ya vemos aquí —escribía Ballester— que no es él la personificación de la cólera desesperada. La médula de su poesía se impregna de amor. Sin rebozo descubre ese fondo en los sonetos donde se calma el ardor de las imprecaciones. El amor dulcifica sus acentos y nos persuade del hombre sano que hay debajo del moralista con apariencias de severidad inexorable. Así, el amor es acaso móvil de un tono duro, ciertamente, pero en el cual nunca hallaremos chispazos de odio. Sólo hay un temple viril que clama por enderezar lo torcido y purificar lo inmundo».

Vendrán luego nuevos libros en los que la tierra vuelve a estar presente con el sufrimiento de sus hombres, con la pobreza y la soledad de la pertinaz sequía, con la emigración y el dolor de la separación de las familias. Libros como *Razón de lo cotidiano*, premiado con el Polo de Medina de 1965, y *La sed y el éxodo*, que en 1975 cerraba el ciclo de la poesía dolorida y sedienta de nuestro nuevo académico, en la que otros temas, como el mar de Ulises, nos ofrecen nuevas lecciones en las que las gentes del trabajo son siempre sujeto de una poesía llena de preocupación humana.

Sánchez Bautista, superado el ciclo de la poesía social ligada a la tierra, ha iniciado en *Encuentros con Anteo* una nueva comprensión del



hombre y de la verdad humana. Desligado de los problemas inmediatos que acuciaban su poesía primera, en *Encuentros con Anteo*, y en su último libro conocido sólo en parte, *Inútil búsqueda en el tiempo*, el poeta halla nueva expresión en el diálogo con los clásicos y se plantea los grandes problemas del hombre: el tiempo, el presente, los valores morales, la supervivencia de los humildes, el sentimiento estético del paisaje, etc., etc. Al mismo tiempo, una expresión más depurada, de tono discursivo y signo clásico, ha dulcificado la palabra de Sánchez Bautista, madurada en la serenidad de la contemplación del mundo vivo y viviente de su alrededor, cuya trascendencia defendió su prologuista Miguel Espinosa.

Sánchez Bautista comienza ahora el nuevo espíritu de una poesía cada día renovada en la expresión personal de un poeta cuyo futuro se ofrece prometedor. Desde el hilozoísmo levantino de sus primeros libros, que emparenta a Sánchez Bautista con Polo de Medina, Azorín, Miró o Miguel Hernández, hasta los grandes temas humanos, enraizados en la Biblia y en la antigüedad clásica, que le acercan a Rilke y a Hölderlin, en su inquietante preocupación por el tiempo y el recuerdo, el poeta ha levantado el edificio de una obra noble, que hoy camina hacia el mejor de los futuros.

Esta promesa de futuro enriquecedor para nuestro poeta lo es también, desde ahora, para la Academia que le acoge y de la que desde este momento forma parte, en esta buena hora para todos. Así, pues, con la esperanza y la seguridad de la colaboración activa de Francisco Sánchez Bautista en las tareas de la Academia Alfonso X el Sabio, en nombre de todos los Académicos, me cabe la satisfacción y el honor de darle al poeta y al amigo mi más calurosa y entrañable bienvenida.

